

A flor de piel

Racismo y sus mecanismos de reproducción

“El prejuicio es una carga que confunde el pasado, amenaza el futuro y hace inaccesible el presente.”

MAYA ANGELOU.

A veces me pregunto por qué aún requiero expresarme sobre el racismo, y las respuestas casi siguen siendo las mismas desde hace años, cuando comprendí que no era una cuestión de percepción personal, ni que yo era una paranoica con baja autoestima. El motivo sigue siendo un asunto que va con mayúsculas: Racismo.

La observación, el trabajo y la vivencia me dicen que los uruguayos somos menos racistas que hace diez años. ¿Este cambio se debe mayoritariamente al reconocimiento, la reparación y la restitución de derechos hacia esta población por parte de los integrantes de esta sociedad? Con certeza, no.

Las demandas actuales de equidad del movimiento afro organizado tienen en este país al menos más de 30 años. Los logros más significativos, hay que decirlo, de la población afrodescendiente se generan durante el primer gobierno del Frente Amplio; básicamente: mecanismos de equidad étnica racial dentro de la estructura del Estado y la histórica promulgación de la ley N° 19.122 en agosto de 2013, que refiere a la promoción y participación de las personas afrodescendientes en áreas laborales y educativas. Pero, más allá de estos avances, ¿por qué si constituimos el 10% de la población de Uruguay no generamos representantes legislativos que respondan directamente a este sector?

Así como la educación sigue siendo la vía regia de la movilidad social y de clase, se debería reconocer que la representatividad política partidaria, lograr voz y voto en el ámbito parlamentario, hacen la diferencia en la viabilidad de las demandas de cualquier colectivo. Esta presencia por sí sola, se sabe, no alcanza, aunque parafraseando el saber popular: cómo ayuda.

El ámbito político partidario genera alianzas, establece vínculos, espacios de discusión. Si se ejerce la representatividad de manera responsable, debería resultar beneficiosa para acercarnos a la equidad. También es cierto que el proceso ha comenzado: dos diputados en las legislaturas pasadas y uno de ellos reelecto en el actual gobierno, la existencia de algún asesor gubernamental afrodescendiente, algunas compañeras en cargos de coordinación y, lo que sí resulta significativo e histórico, un número relevante de edilas y ediles afros en las juntas locales.

Minorías en minoría

Si bien el tema afrodescendiente es incluido en el primer gobierno de Tabaré Vazquez, los asuntos de la población afro pasan a ser tratados dentro de la agenda



Ciudad Vieja, Montevideo. / FOTO: PABLO NOGUEIRA

de las diversidades o minorías, desconociéndose el carácter estructural de la pertenencia étnico-racial y de género en la brecha de la desigualdad. Desigualdad que tenemos garantizada de no abordarse adecuadamente el tema, como un eje estructural. El patriarcado establece claras categorías de subordinación: relaciones de género, relaciones de clase, relaciones de raza. De las tres, sólo resulta modificable la relación de clases sociales. Las otras condiciones que atraviesan a un sujeto de derechos (o sin derechos, más bien) requieren ser leídas en esta perspectiva patriarcal: blancocentradas, clasistas y racistas. Por más odiosa que sea, haré una comparación, porque funciona como un indicador. Observemos los logros (desiguales) de los movimientos de la diversidad sexual, del feminista y del afrodescendiente en relación al tiempo que funcionan como movimientos organizados en nuestro país. La ecuación es sencilla y los logros están a la vista.

¿Qué puede estar operando detrás de esta diferencia?: la solidaridad de clase, de género y de raza, además de la habilidad de los compañeros y compañeras, sobre todo los de la diversidad sexual, para detectar lo que no funcionaba, encontrar alianzas pertinentes, moverse por las vías que dan réditos políticos y a las que tuvieron rápido acceso.

Dice el viejo Mascovici (1979) que el punto medio psicológico es aquel que separa dos orientaciones: el propio campo y el contrario. Concluye que las personas eligen, votan, se inclinan o apoyan las posturas que más se le asemejan. No desconozco y festejo los avances en las demás “minorías”, pero no puedo dejar de anotar que las decisiones tomadas cotidianamente

según el lugar y el rol social que ocupemos contribuyen o no con la equidad étnico-racial de alrededor de 400.000 uruguayos.

Escondites y datos

Muchas veces me descubro levantando la voz, más de las que quisiera, para señalar los mecanismos del racismo y su persistencia. Deberíamos preguntarnos honestamente: ¿dónde escondo mi racismo? Los seres humanos normatizamos nuestras relaciones; muchas de estas normas no son dichas ni visibilizadas, pero agrupan, estructuran y jerarquizan la convivencia según intereses generalmente ajenos. ¿Nos hemos preguntado si nos funciona, o a quién le funciona ese rol que asumimos, ese precio no pagado por salirse de la norma? ¿De quién son o dónde se originan las propias expectativas?

Existen algunos mecanismos conocidos por su eficacia para mantener situaciones de opresión sobre cualquier grupo o minoría en relación al ejercicio y la acumulación de poder, que permite la perpetuación de privilegios. Estos mecanismos han incidido en la escasa movilidad social de la población afro y en la frágil organización de sus demandas, que permean desde las relaciones familiares y personales hasta las decisiones en los planes de gobierno. Es que la protesta aburre, puede sonar a queja, y los mecanismos ejercidos por quien se encuentra en una situación de “superioridad” logran desarticular demandas o propuestas.

A modo de ejemplo, se puede tomar la Ley N° 19.122, sobre afrodescendientes, que establece normas para favorecer su participación en las áreas educativa y laboral. Ante la argumentación social del porqué y el para qué

de una acción afirmativa de estas características, muchas personas psicologizaron, negaron o sociologizaron los fundamentos de la desigualdad existente entre población afro y no afro.

Actualmente, el porcentaje de personas no afro viviendo en hogares pobres es de 8,2%; del total de las personas afro son 22% (Inmujeres, Ministerio de Desarrollo Social, 2015). Esta brecha persiste a pesar de la fuerte batería de políticas sociales instrumentadas para revertir la pobreza y la indigencia en los últimos años. Las políticas universales han logrado virar la composición socioeconómica, pero no han operado significativamente cuando el corte para medir la desigualdad se realiza incluyendo la variable étnico-racial.

Ante esta realidad, se justifica la urgencia de implementar políticas de acción afirmativa, más en un país con una larga historia de protección social y que ha focalizado sus acciones en adultos mayores, jóvenes, mujeres, discapacitados, diversidad sexual y, finalmente, afros. Pero, con esa historia a cuestas, resulta al menos llamativo que ninguna focalización generara tanta polémica como la Ley N° 19.122.

Aparecieron los juicios a priori de una “mayoría” que opinaba “al grito”: no consiguen trabajo porque no estudian, porque son haraganes, indigentes, burros, porque no quieren. A los afros se los asimila fácilmente a sectores de la población con características en común (pobreza, bajos niveles educativos, desocupación). Esta asimilación funciona como argumento para justificar las dificultades en el acceso y la permanencia en el mercado laboral, pero también como una manera que niega la ideología del racismo. Emergen comentarios y argumentos que

psicologizan (Papastamou, 1987) a la población afrodescendiente: “No se presentan a los trabajos porque tienen baja autoestima; se persiguen con lo de negro; se autodiscriminan; ejercen racismo al revés cuando se defienden de los blancos; son agresivos; es todo subjetivo”. Así, se atribuye la desigualdad a estados emocionales de las personas y pasan de una condición de desventaja estructural a ser vistos como responsables de esa situación social.

Otras veces el bloqueo de la demanda, propuesta o declaración puede manifestarse por medio de invalidar, denegar (Mascovici, 1987), el discurso en sí mismo a través de otros mecanismos: negando las fuentes estadísticas, por ejemplo, aunque todos los que trabajamos en esta área manejamos información relevada por el Instituto Nacional de Estadística. La negación que sostiene el prejuicio viene de varios frentes: se señala, por ejemplo, la inconsistencia académica. Es que la educación uruguaya es eurocentrada: los autores en los que basamos nuestros puntos de vista se sostienen en el pensamiento europeo como paradigma universal de interpretación de todas las realidades y se usa como único método válido para la producción de conocimiento.

Folclore

Quiero detenerme en un último mecanismo, de los tantos que podríamos señalar, y es el de la folclorización del tema afro. Mecanismo especialmente visible en esta época del año. El candombe produce uno de los espacios de integración social y territorial por excelencia en Montevideo y se expande cada vez más por todo el país. Hasta hace unos años, los estereotipos de “negro, vino y tambor”, de “negras de baja reputación”, o la famosa frase “es cosa de negros”, aún alejaban a la mayoría de las personas de esos espacios territoriales y de expresión. Actualmente, un altísimo porcentaje de hogares uruguayos tiene un tambor, cada vez más mujeres blancas ocupan el lugar de la vedette de la comparsa (tema para una nota de feminismos: el cuerpo de la mujer, blanca o negra, en esa manifestación popular), muchas personas se apasionan y vibran al compás del tambor, de esa música ancestral, y negra. En esto de desfolclorizar y en búsqueda de puentes anoto otra asociación: La Marcha de las Putas, la Marcha de la Diversidad y las Llamadas, generadoras de simpatías y adhesiones momentáneas, no logran transformar radicalmente la sensibilidad, las prácticas y la convivencia y son insuficientes para provocar un cambio sociocultural que genere un Uruguay verdaderamente equitativo. ■